

LA APERTURA FINLANDESA

Hay una apertura finlandesa hacia una futura «conferencia de seguridad europea» que debería celebrarse en Helsinki. Los datos esenciales —el llamamiento— figuran en un memorándum finlandés dirigido, el 7 de mayo, a treinta y un gobiernos, dos de ellos no europeos, pero ligados a Europa por pactos: Estados Unidos y Canadá. El primer ministro finlandés, Karjalainen, acaba de realizar un viaje por países comunistas, donde su idea ha sido bien acogida, como su persona y lo que su país representa. El origen de la idea de conferencia de seguridad europea es comunista. Que sea Finlandia quien la patrocine es positivo; Finlandia es uno de los pocos países neutrales de Europa. Después de tres guerras con Rusia en este siglo, Finlandia firmó un pacto con la U. R. S. S. (prolongado durante veinte años a partir de 1955), en el que figura explícitamente «el deseo de Finlandia de mantenerse al margen de los conflictos de intereses de las grandes potencias». Este deseo ha sido respetado. Económicamente, las exportaciones y las importaciones de Finlandia se equilibran entre la U. R. S. S., Gran Bretaña y Alemania Federal. Políticamente, los gobiernos de coalición se suceden. El presidente Kekkonen pertenece al centro, el partido agrario, que suele reunir la mayoría de votos. El segundo partido del país es el comunista, seguido por el socialdemócrata. A la derecha están los conservadores, el partido sueco y el liberal. Con estos equilibrios, Finlandia consigue ejercer un verdadero neutralismo, se le tiene por el lazo de unión entre Escandinavia y la U. R. S. S., y ahora pretende erigirse en la sede de un paneuropeísmo que se busca desde hace años.

La idea primordial de la seguridad europea es la desaparición de las fronteras artificiales entre lo que se llama el Este y el Oeste. Es decir, la desintegración del famoso «telón de acero» que, literaria y físicamente, hizo bajar Churchill —con Truman— tras formularlo en una conferencia de la Universidad de Fulton. Estas fronteras se están permeabilizando rápidamente. La perforación fue, en primer lugar, obra de De Gaulle, con su viaje a Rumania. Con años de distancia, y probablemente con otras intenciones, le ha seguido el presidente Nixon por el mismo camino geográfico. Se supone que ahora va a haber una cierta carrera hacia el Este. En la agencia política francesa hay ya inscritas una serie de viajes a Moscú. Ya sale Schumann, ministro de Asuntos Exteriores francés; le va a seguir de cerca Valéry Giscard d'Estaing; se habla de que el primer ministro, Chaban Delmas, puede ir a fin de año, y el propio Pompidou ha aceptado un viaje que quizá se celebre en la primavera de 1970, después de una visita a Nixon en febrero. Es una continuación de la política del general De Gaulle. Pero la circunstancia más favorable a esta apertura hacia el Este parece residir en Alemania occidental, en su nuevo gobierno de coalición socialdemócrata-liberal. La gran barrera que se oponía en el «camino hacia el Este» era la doctrina Hallstein, por la cual Alemania Federal debería romper sus relaciones diplomáticas con aquellos países que reconociesen la existencia de la República Democrática Alemana y no aceptasen que el gobierno de Bonn era el representante de «todos los alemanes». Esta doctrina tenía mucho de ficción y ya en los últimos tiempos de gobierno de la democracia cristiana había sido distorsionada por condicionamientos de política internacional. Han sido los liberales los que han impuesto a los socialdemócratas la condición de acabar con la doctrina Hallstein e incluso iniciar negociaciones directas con la R. D. A. De esta forma desaparece uno de los grandes obstáculos para la celebración de la conferencia de seguridad europea, que era la negativa de Alemania Federal de sentarse a la misma mesa de conferencias en que estuviese presente la República Democrática. En otro sentido, la nueva coalición parece dispuesta a aceptar y firmar el tratado de no proliferación nuclear, que los cristiano-demócratas han tenido bloqueado durante un año, y posiblemente su política se oriente hacia la renuncia al arma atómica, la reducción del servicio militar y la consideración de una posible Europa desnucleari-

zada. Estos propósitos iniciales de la coalición que aún no gobierna no serán, en general, fáciles de cumplir. Los grupos de presión son fuertes y duros, la coalición es precaria, el número de votos que le dan mayoría en el Parlamento resultan muy escasos y puede presentirse que sus dificultades para gobernar serán muchas y sus principales esfuerzos se dirigirán a mantenerse en el poder. Pero la coyuntura es favorable. Bonn deberá responder afirmativamente a la «apertura finlandesa».

Esta «apertura», además de la permeabilización de las fronteras y la idea de respeto mutuo a los distintos regímenes políticos europeos, se centra sobre un punto concreto que es casi obsesivo en la política exterior de Finlandia: la desnuclearización. Kekkonen ha hecho ya varios llamamientos para la creación de una «zona desnuclearizada» y ha conseguido, hasta ahora, que esta zona exista en Escandinavia. ¿Puede extenderse a toda Europa? En este punto, la conferencia de seguridad deberá entrar en contacto con la de desarme, que se celebra largamente en Ginebra. De los muchos y variados planes de desarme y desnuclearización europea que se han presentado, discutido y negado, el más coherente es el llamado «Plan Rapacki», que ha cumplido ahora los doce años de su emisión en las Naciones Unidas por el entonces ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, Adam Rapacki. Proponía una zona neutral centroeuropea, con inclusión de Polonia, Checoslovaquia y las dos Alemanias. «En ese territorio no se almacenarían ni fabricarían bombas atómicas —dice el Plan—, no se situarían equipos o instalaciones propias para su utilización y se declararían prohibido el uso de tales armas contra los países de la zona». El acuerdo debían suscribirlo no sólo los países incluidos en el territorio neutralizado, sino aquellos que tuviesen fuerzas en él (Francia, Estados Unidos, Gran Bretaña y la U. R. S. S.). Debería estar garantizado por un control mutuo de las fuerzas del Pacto de Varsovia y de la O. T. A. N., y en su segunda fase se realizaría una disminución de fuerzas convencionales, de bases extranjeras y serviría de apoyo para un acuerdo posterior de acuerdo general y completo. El Plan fue rechazado por los Estados Unidos. Uno de los puntos básicos para la negativa consistía en que, al desnuclearizar esa zona europea, la U. R. S. S. tendría ventaja por su mayor capacidad en la utilización de fuerzas convencionales (la invasión de Checoslovaquia, desde un punto de vista puramente logístico, ha sido después una demostración de esa capacidad superior para realizar movimientos militares convencionales). El otro punto era que en el Plan no estaba previsto ningún sistema para la reunificación de las dos Alemanias.

Cuando los países comunistas propusieron, reiteradamente, la celebración de una conferencia de seguridad europea, llegaban aún más lejos que el Plan Rapacki, aun apoyándose en sus bases esenciales. Proponían, incluso, la desaparición de las organizaciones militares como la O. T. A. N. y el Pacto de Varsovia. Se acusó a su propuesta de tratar de dejar fuera a los Estados Unidos, potencia teóricamente no europea. La nueva propuesta finlandesa les incluye en la mesa de la conferencia: su aprobación por parte de los países comunistas elimina la sospecha. Todo parece indicar que ahora la conferencia podrá celebrarse, quizá con unas primeras reuniones preparatorias en las que comenzarán ya las dificultades de procedimiento, de fijación de un orden del día, de unas fechas, de un temario concreto. No habrá que esperar resultados concretos. La conferencia de desarme en Ginebra dura desde hace diez años, las negociaciones de París para la paz en el Vietnam se desarrollan desde hace diecisiete meses, y en ninguno de esos casos aparecen resultados visibles. Este tipo de reuniones son, generalmente, concesiones a la opinión pública. Pero el mismo hecho que tengan que hacerse tales concesiones es positivo en sí. La conferencia de Helsinki, si llega a celebrarse, servirá al menos para hacer un inventario de las contradicciones que existen todavía entre los deseos mundiales de paz y concordia y las necesidades de los grupos económicos de presión.